

3. OTROS ARTICULOS

TRANSICION Y ELECCIONES EN EL SALVADOR

Secundino González y Fernando Harto de Vera*

En Octubre de 1979, un golpe de Estado alteró el rumbo de la vida política salvadoreña, al poner fin al régimen político dominante desde hacía décadas, un régimen basado en el reparto de papeles -en ocasiones conflictivo - entre la oligarquía y los militares que aseguraba la exclusión política y social de buena parte de la sociedad. La historia se aceleró a partir de ese momento, y durante los tres lustros transcurridos desde entonces El Salvador vivió un agitado proceso de transición cuya manifestación más dramática fue la confrontación militar que produjo decenas de miles de víctimas, el desplome de su economía y el desplazamiento de centenares de miles de ciudadanos hacia otros países en busca de seguridad física y supervivencia económica.

Dicho proceso de transición y el drama que lo acompañó parecen haber concluido. Los pasados 20 de marzo y 24 de abril tuvieron lugar unas elecciones históricas, en las que ningún actor político relevante fue excluido o se autoexcluyó y en las que, a diferencia de lo que fuera habitual en el pasado -al menos hasta principios de la década de los 80- sus resultados correspondieron a las preferencias reales de los salvadoreños.

El origen de la transición salvadoreña, como se señalaba al comienzo de este artículo, hay que buscarlo en el golpe de Estado que derrocó al general Carlos Romero en Octubre de 1979. Dicho golpe significó el final de un tipo de régimen instaurado tras décadas antes, un régimen autoritario basado en la institucionalización de la presencia militar en el poder político según los siguientes rasgos:

1. Establecimiento de un partido oficial (primer el Partido Revolucionario de Unificación Democrática y luego el Partido de Conciliación Nacional) por parte de la Fuerza

Armada, que disponía de los recursos del Estado y que ganó, la mayoría de los casos fraudulentamente, todas las elecciones presidenciales desde 1950 hasta 1977.

2. La selección del candidato a la presidencia se hacía principalmente dentro de la Fuerza Armada (1) y el partido era en general una correa de transmisión de las decisiones militares. La imposibilidad de reelección facilitaba a su vez la circulación de las élites, facciones y promociones -tandas- militares en los gobiernos, aumentando la estabilidad.

3. El modelo no solo significó la militarización de la política sino, asimismo, la politización de los militares. Durante el período, los conflictos entre sectores de la Fuerza Armada llevaron en ocasiones a enfrentamientos por la vía de los golpes o intentos de golpes de estado, así como a estrategias, por parte de algunos de dichos sectores, de ampliar sus recursos políticos mediante la formación de coaliciones con grupos civiles y aventurar propuestas de democratización. En todos los casos, sin embargo, las reacciones corporativas y las presiones oligárquicas dieron al traste con los proyectos de reforma. Además, las presiones desde abajo en algunos casos tuvieron el efecto de estimular sentimientos corporativos y de cierre de filas en la mayoría de los oficiales salvadoreños.

4. Las políticas de los militares en el poder no alteraron los fundamentos de la estructura socioeconómica salvadoreña. La oligarquía continuó siendo la clase dominante y su modelo económico, basado en la agroexportación, apenas sufrió cambios. El Estado no conoció, más que en algunas retóricas puntuales, la experiencia populista latinoamericana. La diversificación de la economía salvadoreña en los años sesenta y setenta no significó un cambio sustantivo, por cuanto en buena medida fueron los propios cacicuitores

(*) Profesores de Ciencia Política de la Universidad Complutense de Madrid. Observadores electorales en los recientes comicios salvadoreños, en representación del Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología. La introducción histórica fue escrita por Secundino González; el análisis del proceso electoral estuvo a cargo de Fernando Harto de Vera.

(1) Desde 1931 hasta 1979, todos los presidentes salvadoreños eran militares. En una primera fase, el militarismo estuvo fuertemente personalizado en la figura del general Maximiliano Hernández Martínez. Tras su derrocamiento, la Fuerza Armada estableció la forma institucionalizada vigente hasta 1979.

los que entraron a formar parte los sectores más dinámicos, como la industria, además de conservar una clara hegemonía en el ámbito financiero.

5. De hecho, la oligarquía disponía de notable capacidad de influencia política, al menos en cuanto a sus posibilidades de veto, ya de candidatos, ya de decisiones. Carentes de un discurso elaborado, los militares, al igual que en los regímenes burocrático-autoritarios del Cono sur en los años 70, asumieron como propio el universo ideológico y tecnocrático de las élites oligárquicas.

Sin embargo, el panorama político y social de los años 60 no permaneció inmutable. Al igual que en otros países del área, El Salvador conoció un intenso proceso de crecimiento económico, alrededor del Mercado Común Centroamericano, que tuvo efectos en todos los órdenes. Desde el punto de vista político, sectores excluidos del régimen fueron progresivamente organizándose en torno a una serie de propuestas de cambio. Así ocurría con trabajadores urbanos, estudiantes, profesores, profesionales, que en una repetición intensificada de anteriores demandas, y recuperados del descalabro desmovilizador de la época de la dictadura de Maximiliano Hernández Martínez (2), se constituyeron en oposición antirrégimen, centrandose sus expectativas de cambio en la democratización y en las reformas sociales. Ello tuvo su expresión más notoria en la creación del Partido Demócrata Cristiano (PDC), que bajo el liderazgo de José Napoleón Duarte se constituyó en uno de los actores clave de los últimos treinta años de la vida política salvadoreña.

El PDC surgió a fines de 1960, en un contexto caracterizado, en el marco latinoamericano, por el impacto de la revolución cubana y la posterior política de prevención elaborada por la Administración Kennedy, la Alianza para el Progreso. En El Salvador, problemas en el interior del régimen militar (v. Baloyra, 1984:62) habían provocado un golpe de Estado por parte de una facción reformista de la Fuerza Armada. Y aunque las expectativas de reforma se frustraron muy pronto (3), el PDC quedó como herencia de esa época confusa. Se sumaba así al Partido de Acción Renovadora, destacado en la confrontación contra Martínez, y al que los militares habían permitido el acceso a algunos gobiernos locales, en un esfuerzo de cooptación que luego se repetirá con el PDC: el propio Napoleón Duarte pudo acceder a la alcaldía de San Salvador en los años sesenta.

Sin embargo, la apertura militar tenía unos límites bien definidos, y el acceso a la presidencia de la República quedó vetado de manera fraudulenta, en dos ocasiones consecutivas (1972 y 1977), a las coaliciones democráticas

opositoras. El fraude sistemático y la frustración, a causa del veto oligárquico, de las expectativas de reformas sociales, singularmente de reforma agraria, creadas por el propio régimen militar bajo la presidencia del coronel Molina (1972-1977), fueron creando un escenario de intensa movilización antirrégimen, en clave cada vez más radical. En la configuración de dicho escenario confluyeron asimismo otros factores, cuales fueron la recepción por parte de un importante sector de la Iglesia salvadoreña de los presupuestos de la Teología de la Liberación (4), el empuje de la insurrección en Nicaragua y la nueva política hacia América Latina del gobierno de Estados Unidos bajo la presidencia del demócrata James Carter, que no ocultaba su malestar ante la esencia represiva del régimen militar salvadoreño. La reacción de este, tras el fraude de 1977 que dio la presidencia al general Romero, fue intensificar la coerción hacia los opositores y la tolerancia, cuando no colaboración, con los grupos paramilitares de la extrema derecha, que, inspirados en el antecedente del general Martínez, optaban por la violencia como forma de solución a la crisis (5).

El modelo represivo excluyente no funcionó. Antes al contrario, buena parte de la sociedad salvadoreña, fuertemente movilizada, respondió a las prácticas coercitivas con desafíos cada vez más intensos que, en su sector más radical, se expresaba a su vez mediante el uso de la violencia contra funcionarios, militares y miembros de las élites económicas (6). Para este sector, la toma del poder por parte de los sandinistas en Nicaragua, en Julio de 1979, significó además un considerable refuerzo en recursos de todo tipo, y no principalmente de carácter material o logístico.

Desestimada la posibilidad de reconsolidación del régimen autoritario y viable en el horizonte una salida revolucionaria de la crisis, como acababa de ocurrir en Nicaragua, algunos sectores sociales y políticos empezaron a planear una tercera opción. De este modo, algunos miembros de las Fuerzas Armadas, en colaboración con la Democracia Cristiana y los partidos civiles de izquierda (socialdemócratas del Movimiento Nacional Revolucionario y comunistas del Partido Comunista Salvadoreño (7)) además de la Iglesia Católica y con la tolerancia o connivencia de la Embajada de Estados Unidos eligieron la vía del golpe de Estado. Este tuvo lugar, con éxito, en octubre de 1979. El programa de la Junta de Gobierno creada tras el golpe se articulaba sobre tres ejes, democratización, respeto a los derechos humanos y reformas sociales, las tres demandas fundamentales de la mayoría de la comunidad política salvadoreña. Sin embargo, este proyecto reformista se vio prontamente sometido a un doble bloqueo. Por una parte, los sectores oligárquicos, reacios a cualquier alteración del statu quo, espe-

(2) El general Hernández Martínez fue el responsable de una de las mayores masacres habidas en la historia de América Latina, en 1932, que desactivó dramáticamente -entre diez mil y treinta mil ejecutados, según fuentes- a los sectores sociales movilizadas contra el precedente régimen oligárquico tras la crisis de 1929.

(3) En realidad, hubo dos golpes de Estado, uno de carácter democrático y reformista en octubre de 1960 que derrocó al coronel Lemus, quien planeaba concurrir a la reelección y otro que volvía las cosas a su sitio en junio de 1961. Como resultado de este segundo golpe accedió al poder el coronel Julio Rivera, que además se encargaría de transformar el viejo partido oficial, el PRUD, en PCN, con el que concurre a las elecciones del 26 de abril de 1962. Rivera obtuvo el 100% de los votos: ningún partido opositor concurre.

(4) Habría que precisar que si bien buena parte del clero no participaba de los fundamentos de dicha Teología, en general asumieron una posición crítica para con el régimen militar. Era el caso del arzobispo de San Salvador, Arnulfo Romero.

(5) El número de asesinatos políticos bajo la presidencia de Molina alcanzó la cifra de 37. En los dos años que ocupó la presidencia el general Romero fueron asesinados por las organizaciones represivas del régimen o sus aliados paramilitares 461 personas. V. Baloyra (1984:258, tabla 4-1)

(6) La violencia de los grupos radicales de izquierda tenía antecedentes desde los años sesenta. Sin embargo, su capacidad operativa y su influencia política crecieron exponencialmente en el transcurso del período 1977-1979.

(7) La precisión es relevante por cuanto una parte de dicho partido se había escindido tiempo atrás y optado, junto a otros grupos, por el camino de las armas.

cialmente en lo que se refiere a la tenencia de la tierra, y fuertemente ideologizados en posiciones antirreformistas, reaccionaron con prontitud, haciendo uso de sus recursos y de su influencia en las Fuerzas Armadas, de modo que se intensificaron los asesinatos políticos en una calculada estrategia de tensión. A su vez, los grupos de la extrema izquierda que habían optado tiempo atrás por la salida insurreccional a la crisis del régimen, desestimaron el proyecto reformista, al considerarlo, sin ambages ni matices como una fórmula contrarrevolucionaria al servicio de los intereses estratégicos de Estados Unidos. En esta situación de doble bloqueo, la Junta -una parte de ella, la controlada por los militares- empezó a ser percibida en su actuar como una combinación de énfasis represivo para los sectores movilizadas desde la izquierda y como impotente o tolerante frente a la violencia de la extrema derecha. La consecuencia fue la ruptura de la coalición instauradora, y algunos de sus integrantes optaron por sumarse a la estrategia insurreccional, bien como aliados políticos (un sector de la democracia cristiana y los socialdemócratas, organizados en el Frente Democrático Revolucionario) bien militarizándose sin más (el PCS) e integrándose en el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional.

Tras sucesivos cambios, a lo largo de 1980 la situación política fue perfilándose en torno a tres opciones más o menos nítidas. En el gobierno, una Junta basada en la colaboración del sector mayoritario de la Democracia Cristiana, con Napoleón Duarte a la cabeza y militares más o menos reformistas. El programa, que sería mantenido durante varios años, se basaba también en el esquema democracia-reformas sociales, pero daba nuevo énfasis, con el estímulo y los recursos del gobierno de Estados Unidos, principal soporte interno y externo de Napoleón Duarte, a la confrontación militar con el FDR-FMLN al cual, al menos entre 1980 y 1981 se consideraba capaz de tomar el poder. Frente a esta doble vía (democratización y contrainsurgencia), la alianza de la izquierda mantenía una posición insurreccional y la extrema derecha buscaba fórmulas de reimplantación de un régimen autoritario antirreformista.

Vista desde hoy, no hay duda de que el camino democratizador-contrainsurgente acabó, con matices, imponiéndose sobre los otros(8). En una primera fase, la derecha de raíz oligárquica entendió que la democracia era la segunda mejor opción, y -por primera vez desde finales de los años 20- se articuló en un partido, ARENA, que, pese a ser en su origen una fachada de los *escuadrones de la muerte*, acabó convirtiéndose en una organización leal al régimen político que poco a poco iba instalándose en el país. Dicho de otro modo, aceptó en principio el escenario democrático a fin de frenar en lo posible el proceso de reformas -en lo que, por cierto, tuvo algún éxito (9) -y, tras un proceso de renova-

ción interna, fue capaz de articular un proyecto de alcance nacional, encarnado en Alfredo Cristiani, su principal dirigente y capital político a finales de la década de los ochenta.

Por lo que hace a la izquierda, la coalición entre el FDR y el FMLN se mantuvo durante algún tiempo, en la medida en que pareció viable el acceso al poder por la vía militar. Sin embargo, el sector moderado de la coalición varió su evaluación del proceso de democratización llevado a cabo por el Partido Demócrata Cristiano a partir de tres consideraciones: en primer lugar, la propia aparente irreversibilidad de dicho proceso democratizador que, con los déficits que se quieran, y alguno muy importante, como el encubrimiento oficial de los desmanes de sectores de la Fuerza Armada en el despliegue de la contrainsurgencia, estaba permitiendo cotas de ejercicio de derechos políticos desconocidas previamente en el país, además de la celebración de comicios no fraudulentos, aunque irregulares. En segundo lugar, la larga guerra civil iniciada en 1980 parecía no tener solución militar y, pese a las declaraciones destinadas a reforzar las identidades partidarias, el término "empate militar" empezó a circular en documentos internos y a hacerse explícito algún tiempo después. Y, en tercer lugar, si bien podría aceptarse la existencia de tal empate, en el terreno político hay que hablar de derrota, en tanto que los sucesivos llamamientos a la insurrección no fueron seguidos por la ciudadanía. Las diversas ofensivas militares de la guerrilla apenas contaron con mas seguidores que los propios integrantes de sus columnas (10).

Estas consideraciones pesaron de tal modo que, para fines de 1987 los dirigentes y activistas del FDR habían regresado al país. En las elecciones presidenciales de 1989 presentaron una coalición - la Convergencia Democrática- de apoyo al carismático dirigente socialista Guillermo Manuel Ungo. Sus resultados fueron más bien magros, pero el efecto político ya estaba conseguido: el espectro partidario de la limitada democracia salvadoreña dispuso desde entonces de una opción de izquierda moderada, la cual accedería al parlamento en las elecciones legislativas celebradas en 1991.

En el sector más radical, las consideraciones anteriores también ejercieron un indudable influjo. A ellas habría que sumar el descalabro del socialismo real, una de sus principales referencias ideológicas, y el propio proceso democratizador que los sandinistas habían llevado a cabo en Nicaragua, que acabó con su derrota electoral en febrero de 1990. Sin embargo, para el FMLN, la opción de ingresar en la arena política establecida por el proceso de democratización debía hacerse mediante una negociación entre las partes que diera solución a alguna de sus demandas históricas y que permitiera una salida honorable y algunas garantías ma-

(8) Los matices tienen que ver con la disminución de la voluntad y la práctica reformistas, en parte debido al veto político por parte de la extrema derecha, una vez que esta se instaló en el juego parlamentario (v.infra) y a la permanencia del expediente negativo sobre derechos humanos. La importancia de la lucha contrainsurgente otorgó a los militares una capacidad de maniobra muy elevada, lo que se tradujo en violaciones sistemáticas de derechos.

(9) Los resultados de su participación en las elecciones a la Asamblea Constituyente y en las posteriores legislativas de 1988 permitieron a ARENA, en alianza con el viejo partido militar, el PCN, disponer de respaldo parlamentario para atenuar la

legislación y la práctica reformistas. El Partido Demócrata Cristiano solo dispuso de un parlamento favorable en el período 1985-1988.

(10) Otro indicador, a nuestro juicio relevante, es el índice de abstenciones registrado desde que se inició el proceso democratizador: a pesar de que la guerrilla obstaculizaba el ejercicio del voto en las zonas por ella controlada, a pesar de los llamamientos continuados a no participar, la ciudadanía salvadoreña acudía regularmente a las urnas, mayoritaria, aunque no masivamente. El análisis de la abstención requiere sin duda un estudio más detallado. Valga sin embargo, un primer apunte: el porcentaje de abstencionistas no disminuyó sensiblemente en las elecciones de 1994, en las que ya participó el FMLN

teriales y políticas para sus integrantes. El empate militar, además, hacía posible plantear una solución negociada y no, simplemente, como defendían los sectores más intransigentes de la Fuerza Armada, la rendición y la entrega de las armas. El asesinato de los sacerdotes de la Universidad Centroamericana, por inducción de las más altas jerarquías militares, en el transcurso de la última ofensiva guerrillera de 1989, significó un punto de inflexión en la capacidad de presión política del sector intransigente, que se vio a partir de ese punto muy mediatizado, tanto por la decisión del presidente Cristiani como del gobierno de Estados Unidos. La posibilidad de negociación quedó despejada. Esta se llevó a cabo en varias fases siendo la definitiva la que se inicia a partir de 1989 y, para lo que en este artículo interesa(11), concluyó con la incorporación del FMLN a la legalidad política y su posterior participación en las elecciones de 1994.

Dichas elecciones han sido etiquetadas como las "elecciones del siglo". El calificativo no resulta exagerado si tenemos en cuenta varios factores. En primer lugar, como se acaba de señalar, estos comicios tuvieron lugar en un contexto muy diferente del que ha venido siendo la tónica habitual en este tipo de acontecimientos en las últimas décadas: la disminución del potencial de fraude y la finalización de la guerra en parte resultado de la firma del los Acuerdos de Chapultepec en enero de 1992 dio como resultado de este modo que por primera vez en la historia de El Salvador, acudiesen a las urnas todas las fuerzas del espectro político sin distinción de ideologías.

Además, conviene tener presente que en estos comicios, los salvadoreños han tenido la oportunidad de elegir a todos los niveles del sistema político. En efecto, el 20 de marzo se celebraron simultáneamente elecciones Presidenciales, Legislativas, Municipales y al Parlamento Centroamericano. Por razones de calendario electoral, esta situación solo se presenta en el panorama político salvadoreño una vez cada 15 años. Si a las anteriores variables añadimos el proceso de supervisión internacional, hay que concluir que estas elecciones han sido efectivamente las más trascendentales en la reciente historia de este país centroamericano.

EL SISTEMA ELECTORAL

El Código Electoral estableció que la elección a Presidente y Vicepresidente de la República se llevara a cabo en una circunscripción nacional. Asimismo, como fórmula electoral se fijó un sistema mayoritario a dos vueltas, de modo que la segunda vuelta tendría lugar en el caso de que ninguno de los candidatos obtuviera la mayoría absoluta y estaría disputada por los candidatos de los dos partidos que hubieran quedado en primer y segundo lugar en la primera ronda. La decisión en esta segunda vuelta se produciría por mayoría simple de los votos válidos.

Por lo que se refiere a las elecciones legislativas existen dos tipos de circunscripciones: la nacional y las departa-

mentales. De un total de 84 Parlamentarios, 20 fueron elegidos por la circunscripción nacional mientras que para el resto se tomaron como base territorial las circunscripciones los 14 Departamentos en los que se divide a efectos administrativos la República. En cuanto a la fórmula electoral utilizada para atribuir los escaños se trata del método del cociente mayor.

Finalmente las elecciones de autoridades locales tuvieron como circunscripción a los 262 municipios que existen en el país. La fórmula electoral utilizada fue la de mayoría simple, alzándose con la totalidad de los cargos municipales aquella fuerza política que obtuviera más votos. No existen mecanismos de representación proporcional en los municipios propiciándose así la formación de municipalidades monocolors.

LAS FUERZAS POLITICAS

EL BLOQUE CONSERVADOR

Se presentaron ocho fuerzas políticas ya sean partidos o coaliciones electorales. El Bloque de la derecha ha estado representado por tres partidos: Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), Partido de Conciliación Nacional (PCN) y Movimiento Auténtico Cristiano (MAC). ARENA, tal como se señaló, fue fundado a principios de los años ochenta por uno de los autores intelectuales del asesinato de Monseñor Romero, el mayor Roberto D'Abuisson. De ideología anticomunista y ligado a los escuadrones de la muerte, constituye la expresión política de la reaccionaria oligarquía salvadoreña. En las elecciones de 1989 obtuvo el triunfo con el actual presidente de la República, Alfredo Cristiani. La gestión de Cristiani ha significado una evolución interna que ha llevado a moderar el partido reduciendo la influencia de los sectores más ultramontanos. El programa con el que concurrió a estas elecciones representa una línea continuísta con la anterior administración caracterizada por la aplicación de un proyecto neoliberal lesivo para las grandes mayorías de la empobrecida sociedad salvadoreña. En estos comicios presentó como candidato a la presidencia de la República al empresario y ex-alcalde de S. Salvador, Armando Calderón Sol, vinculado por informes de los servicios de inteligencia norteamericanos a actividades de los escuadrones de la muerte durante los primeros años de la década de los ochenta.

Los otros partidos del bloque de la derecha, PCN y MAC, partían con unas expectativas de votos lo suficientemente reducidas como para que su papel se redujera al de servir de apoyatura en pactos post-electorales al candidato de ARENA en caso de ser necesario.

LAS FUERZAS DE CENTRO

La opción más claramente definida como centrista estuvo representada por el Partido Demócrata Cristiano (PDC). Los orígenes del PDC en la década de los sesenta lo sitúan como un partido de oposición al entonces bloque hegemónico constituido por la alianza entre los militares y la oligarquía. Este papel opositor se consolidó a lo largo de la

(11) El conjunto del proceso negociador ha sido estudiado por Fernando Harto (1994)

década de los setenta cuando en dos oportunidades acudió a las urnas en coalición con la izquierda. En ambas ocasiones se alzó con el triunfo, sistemáticamente negado por los fraudes electorales de la dictadura militar. El efecto de polarización que la guerra civil provocó en la sociedad salvadoreña alineó al PDC en la década de los ochenta del lado de las fuerzas antipopulares. En efecto, las presidencias del democristiano Napoleón Duarte, significaron la incardinación del PDC dentro del proyecto contrainsurgente norteamericano que prolongó y agravó innecesariamente la guerra civil salvadoreña. El desgaste que el PDC tuvo que afrontar por esta política, unido a factores como la corrupción que imperó bajo sus administraciones, erosionó el apoyo electoral del partido y lo condujo a las derrotas electoral de 1989 y 1991. Para estas elecciones presentó a Fidel Chávez Mena, el mismo candidato que fue derrotado en las elecciones de 1989 a manos de Alfredo Cristiani.

Dos nuevas fuerzas políticas concurren por vez primera a las elecciones. Y si nos atenemos a su propia definición habría que incluirlas dentro del bloque centrista. Se trata de dos partidos evangélicos denominados Movimiento de Solidaridad Nacional (MSN) y Movimiento de Unidad (MU). El surgimiento de ambas fuerzas en la escena política salvadoreña se inscribe en la expansión que las iglesias evangélicas han experimentado en la historia reciente del mismo. Con el objetivo de combatir la influencia de la teología de la liberación, un instrumento más de la estrategia norteamericana contrainsurgente ha consistido en favorecer la propagación de iglesias evangélicas(12). El salto a la arena política se experimentó por primera vez con éxito en la elección del golpista Jorge Serrano en la vecina Guatemala en 1991.

EL MOVIMIENTO POPULAR

La izquierda acudió a estas elecciones con dos estrategias diferentes según se tratara de los niveles presidencial o legislativo y municipal. Para la elección a Presidente y Vicepresidente de la República se presentó bajo la fórmula electoral de una coalición, la formada por la Convergencia Democrática, el Frente Farabundo Martí para la Liberación y el Movimiento Nacional Revolucionario (CD-FMLN-MNR). La candidatura a la presidencia de la República estuvo en la figura del ex-Vicepresidente de la Asamblea Legislativa y miembro de la Convergencia Democrática, Rubén Zamora. En lo que respecta a los niveles legislativo y municipal, las organizaciones de la izquierda optaron por presentarse separadamente. Las razones de esta doble estrategia tenemos que buscarlas, en primer lugar, en el sistema electoral. Como ya pusimos de manifiesto más atrás, la elección presidencial se lleva a cabo mediante un sistema mayoritario a dos vueltas que favorece la unidad y coaliciones entre los partidos. En cuanto al nivel legislativo se refiere, un sistema electoral del resto mayor, se aprovecha mejor con una cierta dispersión. Por lo demás, el presentarse por

separado a las legislativas y municipales significaba un test en el interior de la izquierda para ver el peso real de cada una de las distintas organizaciones.

La CD es la heredera de lo que durante la guerra constituyó el Frente Democrático Revolucionario, organización aliada del FMLN y que aglutinó durante el conflicto a la izquierda no armada. La CD nació en 1988 tras la firma de los acuerdos de Esquipulas como una coalición entre el MNR y el Movimiento Popular Social Cristiano, escisión por la izquierda del PDC. En los procesos electorales de 1989 y 1991 fue la única expresión orgánica legal de la izquierda salvadoreña. Posteriormente, y de cara a estas elecciones, se produjeron varios reacomodos en su interior. En primer lugar, el MNR se salió de la coalición. El proceso de reacomodo se completó con la entrada a la coalición de otros partidos y su disolución para transformar a la Convergencia de coalición a partido, status que ocupa en la actualidad.

El FMLN, transformado en partido político, es la organización que expresa políticamente a la ex-guerrilla. Por su parte, el MNR tras su salida de la Convergencia, aspira a ser la expresión de la socialdemocracia en El Salvador. Para ello cuenta con el respaldo de la Internacional Socialista.

La izquierda definió como eje de su oferta electoral el desmontaje del militarismo y la creación de una real democracia política pluralista. Partiendo de la premisa de que ninguna fuerza tenía por sí sola la capacidad de superar la crisis del país, el principal tema del debate político y social ha sido, para la izquierda, asegurar la gobernabilidad.

LA CAMPAÑA ELECTORAL

Aunque oficialmente la campaña electoral dió comienzo en noviembre de 1993, lo cierto es que, de hecho, el eje de la dinámica política ha girado a lo largo de todo el pasado año en torno a los comicios de marzo del 94. Uno de los temas estrella en esta larga precampaña, lo ha constituido sin duda, la polémica generada en torno a la validez del censo electoral. Tradicionalmente los fraudes electorales se han cometido en el Salvador no tanto por el robo de urnas cuanto por las manipulaciones del censo electoral. Además durante la pasada guerra civil se produjo la destrucción de archivos en los que figuraban las partidas de nacimiento de una gran cantidad de salvadoreños. Así, se inició la presión al gobierno por la depuración y actualización del Registro Electoral, encontrándose dos gravísimos problemas: la exclusión masiva y la falta de depuración. La guerra de cifras no se hizo esperar. Para el gobierno, los ciudadanos no inscritos no llegaban a 300.000, mientras que la oposición aseguraba que la cifra superaba los 700.000. Finalmente, con la asistencia de Naciones Unidas, el gobierno realizó un estudio que dio la razón a la oposición. Los excluidos del Registro Electoral se elevaban a 786.384 salvadoreños en edad de voto.

El proceso electoral se vio afectado durante los meses de octubre y noviembre por un recrudecimiento de la violencia política que causó honda preocupación a nivel nacional e

(12) Una buena panorámica de este fenómeno en su dimensión regional se encuentra en L.E. Samandu (comp) (1991) Para el caso de El Salvador se puede consultar J.L. Recio Adrados (1993)

internacional. Durante estos meses, seis miembros del FMLN fueron asesinados por grupos armados ilegales. La espiral de violencia suscitó una contundente respuesta por parte de las distintas fuerzas políticas que, con la excepción del candidato democristiano, firmaron un acuerdo en el que se comprometieron a rechazar la violencia, repudiando las actividades delictivas, atentatorias contra la vida y los derechos humanos.

La campaña oficial se inauguró a finales de noviembre. Contrariamente a lo que cabría esperar tras los asesinatos que se vivieron en la precampaña, la campaña transcurrió con absoluta normalidad. Guerra de encuestas, enfrentamientos dialécticos entre los distintos candidatos y apatía generalizada de la población fueron sus rasgos más significativos. Esta normalidad sólo se vio alterada por la violencia que se desató en el mítin de cierre de campaña de la gubernamental ARENA.

ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS

De los resultados obtenidos, el primer dato que sorprende es la elevada tasa de abstencionismo. En términos absolutos, el número de votantes que participó fue de alrededor 1.500.000, lo que supondría un incremento de casi 400.000 respecto de las elecciones de 1991 y 1989. Dicha cifra evidencia que un 45% de los 2.722.000 personas inscritas en el registro electoral declinaron hacer uso de su derecho al voto. Por tanto, en términos relativos nos encontramos con unos índices de abstencionismo similares a los existentes en anteriores elecciones. Este dato sorprendió a todos los analistas que pronosticaban un aumento sustancial en los niveles de participación. En efecto, parecía lógico suponer que una vez concluida la guerra, las primeras elecciones celebradas en un clima de paz y apoyadas por todas las fuerzas políticas se iban a ver legitimadas con una masiva afluencia de votantes a las urnas. Las causas de estos elevados índices de abstención, que se han visto incrementados en la segunda vuelta, tienen que ver con varios factores.

En primer lugar, hay que situar como responsable del ausentismo al complejo sistema de registro salvadoreño que requiere de un tiempo considerable por parte de los ciudadanos para poder conseguir el carnet electoral, documento imprescindible para poder ejercer el derecho al sufragio. En segundo lugar, el número limitado de centros de votación que exige a los votantes recorrer largas distancias para poder votar.

Además de estos factores estructurales, conviene señalar también otros que se relacionan con la percepción por la ciudadanía salvadoreña del propio acto electoral y de su papel dentro de los cambios estructurales a los que se está asistiendo en el país tras la firma de los Acuerdos de Chapultepec. En este sentido, puede detectarse la existencia de un sentimiento de cansancio y hastío hacia la política como reacción a una década de guerra civil. En efecto, los años ochenta fueron una década en la que la polarización de la vida sociopolítica del país alcanzó cotas extremas. Una vez pacificado el país, se asiste a una tendencia de volverse a la

privacidad y de replegarse hacia el goce de espacios que durante la guerra no se pudieron disfrutar.

LA TRANSPARENCIA DEL PROCESO: IRREGULARIDADES SIN FRAUDE

Por lo que se refiere al grado de limpieza de las elecciones, hay que decir que se asistió a la existencia de múltiples irregularidades. Tomando cifras de Naciones Unidas, se estima que aproximadamente un 2% de electores no pudieron votar al no constar en el padrón pese a estar en posesión del carnet electoral. Igualmente se señaló que el padrón contenía nombres de ciudadanos ya fallecidos. Asimismo hubo denuncias de urnas que permanecieron abiertas menos horas de las señaladas en el Código Electoral. Depurar cuáles de dichas irregularidades se debieron a intencionalidad política y cuales a la incapacidad de gestión, en un país con un 40% de analfabetismo, es difícil de evaluar. En cualquier caso, la aceptación por parte de todas las fuerzas políticas de los resultados electorales, expresada en la inexistencia de impugnaciones, permite afirmar que a pesar de las serias irregularidades en ningún momento haya podido hablarse de fraude. Por lo demás, las diferencias que arrojaron los resultados entre las distintas fuerzas políticas fueron tan claras que es plausible suponer que aún habiéndose celebrado las elecciones sin ninguna de las irregularidades que se produjeron, los resultados no hubieran variado sustancialmente.

LAS ELECCIONES A CONCEJOS MUNICIPALES

Quizás, junto con el dato referido a los niveles de participación, ésta haya sido la segunda sorpresa en los resultados del 20 de marzo. En efecto, de 262 municipios, ARENA se alzó con el triunfo en 211, seguida por el PDC con 29, el FMLN con 14 y el PCN con 8. La derrota electoral sufrida por el FMLN, en el nivel municipal, sorprendió a todos los analistas. Alcaldías de pueblos que fueron enclaves bajo el dominio del FMLN durante la guerra otorgaron su preferencia a ARENA. Derrota que, por otra parte, se vio magnificada por efecto del sistema electoral. El Código electoral establece que el ganador de la totalidad de los cargos municipales será aquella fuerza política que se alce con el triunfo por mayoría simple.

Las primeras explicaciones de esta derrota apuntan a las distintas estrategias empleadas por ARENA y el FMLN. Así, ARENA trató con éxito de incorporar a sus candidaturas a los líderes naturales de las comunidades. Por el contrario, el FMLN configuró sus candidaturas a través de un mecanismo de cuotas entre cada una de las cinco organizaciones que lo integran. El resultado fue llevar como candidatos a figuras que no eran conocidas en los lugares donde se presentaban(13).

(13) Otro dato que avala esta hipótesis son el número de alcaldías ganadas por el PDC quien también utilizó la misma estrategia de ARENA.

LAS ELECCIONES A LA ASAMBLEA NACIONAL

El desenlace de las urnas en lo que se refiere a los diputados señala, en primer lugar, que ARENA revalidó sus resultados anteriores al obtener la misma cantidad de diputados que ya tenía, esto es, 39 de un total de 84. Los cuatro diputados que le faltan para obtener la mayoría absoluta cifra en 43 diputados, tendrá que negociarlos con el PCN que obtiene exactamente cuatro diputados frente a los nueve que tuvo en la anterior votación. En este sentido, las alianzas en el interior de la nueva Asamblea Legislativa representarán una continuidad básica con las que hasta ahora venían siendo.

La mayor novedad en cuanto a la composición del nuevo parlamento, la constituye el desplazamiento de la fracción parlamentaria del PDC desde el segundo lugar al tercero. Este segundo lugar pasa a estar ocupado por el FMLN que se convierte, con 21 diputados, en la segunda fuerza política del país. EL FMLN obtiene representación parlamentaria en doce de los catorce departamentos del país. Asimismo el análisis de estos resultados al interior de la izquierda revelan al FMLN como el referente político hegemónico, desplazando a la CD que pasa de tener ocho diputados a un diputado.

En cuanto a la tercera fuerza política, el PDC, su sangría de votos es mayor en los núcleos urbanos. Mientras que en las zonas rurales se mantiene una tendencia de voto democristiano que ha suavizado el declinar de esta opción política.

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES

La primera vuelta dio el triunfo al candidato a la presidencia de la República por el partido gobernante, Armando Calderón Sol. El número de votos obtenido sobre su más inmediato rival, el candidato de la coalición de izquierdas, Rubén Zamora, fue casi del doble. Sin embargo, por unos 6.000 votos no logró alzarse con el 51% de los sufragios señalados por la legislación electoral como el techo necesario para obtener el triunfo en la primera vuelta. En consecuencia, se abrió un nuevo periodo electoral, de cuatro semanas de duración, en el que los dos candidatos pasaron a disputarse la segunda vuelta. El resto de las fuerzas políticas otorgaron libertad de voto a sus electores, a excepción del PCN que llamó a sus bases a votar por el candidato de ARENA. De este modo, la aritmética electoral hizo que desde el primer momento, esta segunda vuelta careciera de incertidumbre. En efecto, aún en el altamente improbable caso de que la coalición de izquierdas lograra aglutinar a los votantes del resto de las fuerzas políticas, con excepción del PCN, no obtendría los votos necesarios para derrotar a ARENA.

El tema de apertura de esta segunda ronda lo constituyó la polémica en torno a las irregularidades que se habían vivido en la primera vuelta. El debate provocó que el Tribunal Supremo Electoral se comprometiera a tomar en cuenta las recomendaciones formuladas por la misión de observación electoral de las Naciones Unidas. Así, se abrió un nuevo plazo para que los no inscritos en el registro electoral pudie-

ran obtener su carnet electoral y se anunció un aumento del número de centros de votación.

La estrategia de ARENA, segura en todo momento de su victoria, consistió en llamar a sus votantes a volver a otorgarle su confianza, sin mostrar excesivo interés por incorporar nuevos votantes procedentes de otras fuerzas políticas. Por su parte, la coalición se presentó ante el electorado como la fuerza política que representaría los intereses de todos los salvadoreños que en la primera vuelta habían votado por un partido distinto a ARENA. En lo que coincidieron ambas fuerzas fue en no dirigir esfuerzos para lograr incorporar votos procedentes de la abstención. Era un reconocimiento implícito de que el fenómeno del abstencionismo iba a ser aún mayor en la segunda vuelta.

En efecto, la abstención se incrementó hasta alcanzar una tasa del 55%, diez puntos por encima del ya de por sí elevado 45% de la primera vuelta. Y ello a pesar de que se facilitó la emisión del sufragio por el aumento significativo de los centros de votación. Así, por ejemplo, el número de urnas en S. Salvador, unos de los distritos con mayores problemas de masificación, se duplicó. Los resultados confirmaron los pronósticos. Armando Calderón se convirtió en el nuevo presidente de la República con el 67% de los votos. De este porcentaje se deduce que además del apoyo expreso de las bases del PCN, un poco más de la mitad de los votantes del PDC se decantaron por la opción conservadora. La coalición obtuvo un 32% de los sufragios. El incremento de siete puntos respecto a los resultados de la primera vuelta provienen de la mitad de votantes democristianos que no dieron su voto a ARENA.

ESCENARIOS DE FUTURO

El escenario que dibujan estas elecciones para el futuro inmediato tiene varias dimensiones. En primer lugar, y por lo que al sistema de partidos se refiere, se afianza la tendencia ya anunciada en anteriores comicios de la consolidación de una opción conservadora, ARENA, como el partido predominante en el sistema político salvadoreño. La izquierda logra desplazar a las fuerzas centristas de la democracia cristiana del segundo puesto. Sin embargo, no cabe interpretar estos resultados como una polarización del electorado salvadoreño. Por el contrario, todas las fuerzas del espectro político, tras una década caracterizada por la extrema polarización, han moderado tanto su discurso como su praxis política. Es precisamente esta estrategia la que ha permitido a la izquierda desplazar al PDC y convertirse en la segunda fuerza del país (v. Guidos Béjar, 1993).

Los resultados de estas elecciones significan implican cambios para el sistema de partidos. Así, entre 1982 y 1989, el sistema de partidos se caracterizó por ser bipolar; la dinámica de la competencia electoral giró alrededor de dos polos (PDC y ARENA) aunque contó con cuatro actores relevantes, tres partidos (ARENA, PDC, PCN) y una coalición (CD) (Córdova Macías, 1992). Tras estas elecciones, el sistema de partidos se mantiene como bipolar pero con un cambio en uno de los polos puesto que estos pasan ahora a estar definidos por el binomio ARENA-FMLN. Los actores relevantes se reducen a tres, dos partidos (ARENA, PDC) y una coalición (FMLN).

En cuanto al efecto de los resultados al interior de cada uno de los partidos conviene tener presente que, para ARENA, refuerzan la posición de la fracción más moderada nucleada en torno al ex-presidente Cristiani. La imposición de Calderón Sol como candidato, representante del sector más duro de ARENA, fue interpretada por los analistas como una victoria del aparato del partido frente al grupo de tecnócratas que detentaron el poder durante la Administración de Cristiani. En este juego de correlación de fuerzas, el triunfo en segunda vuelta y no en primera tal y como se esperaba en el partido, deja a estos sectores duros en una posición de desventaja que puede permitir recuperar terreno a los sectores más moderados. Para la izquierda, la valoración es que estos resultados consagran al FMLN como la fuerza hegemónica y más representativa de la izquierda salvadoreña. El resto de las organizaciones de la izquierda, la CD y el MNR, cosechan unos resultados tan insignificantes que hacen peligrar seriamente su futuro. Sin embargo, los resultados obtenidos por el FMLN en estos comicios se han situado claramente por debajo del nivel de sus expectativas. Por lo demás no conviene olvidar que el FMLN más que una fuerza política unitaria consiste en un marchamo electoral que ha aglutinado a cinco organizaciones. De ambas premisas se deduce que es posible suponer que tras las elecciones se abra un periodo de debate interno que culmine con un nuevo reacomodo de fuerzas al interior del FMLN. En este sentido, la hipótesis más verosímil consiste en la división del FMLN en dos grandes tendencias. La primera de ellas, aglutinada en torno a la ERP, organización liderada por Joaquín Villalobos, caracterizada por una orientación política moderada de corte socialdemócrata. La segunda, nucleada en torno a las FPL y el PCS, de corte más radical (14).

(14) Durante la elaboración de este artículo se ha producido un hecho que abunda en esta hipótesis. Nos referimos a los acontecimientos que se han desencadenado en la Asamblea Legislativa. Durante la sesión inaugural en la que se procedió a la elección de los cargos directivos de la Asamblea, un grupo de siete diputados del FMLN pertenecientes a las organizaciones RN y ERP han roto la disciplina de voto. El conflicto interno ha estallado al suspender de militancia la dirección del FMLN a estos diputados.

El signo político de los tiempos que se avecinan a partir del 1 de junio próximo, fecha en la que asumirá la nueva administración el poder, es el de la moderación y la gobernabilidad. A ello apuntan las primeras declaraciones del recién electo Calderón Sol en las que se ha presentado como el presidente de todos los salvadoreños y se ha comprometido a acelerar el cumplimiento de los acuerdos de paz en aquellos capítulos que como el despliegue de la Policía Nacional Civil, la reforma de la justicia y la entrega de tierras, persisten importantes retrasos.

BIBLIOGRAFIA

- BALOYRA, Enrique (1984). *El Salvador en transición*. UCA Editores, San Salvador.
- CORDOVA MACIAS, R. (1992). "Sistema de partidos en El Salvador" en *Foro Internacional* N. 4, abril-septiembre 1992, México, págs. 519-559.
- GUIDOS BEJAR, R. (1993). "El centro político y la reproducción del consenso" en *Tendencias* N. 23, septiembre 1993, San Salvador, pág. 20-24.
- HARTO DE VERA, Fernando (1994). "El Salvador, 1979-1991: la larga marcha hacia la paz". En Marta Casaus y Teresa García (coords.), *Centroamérica. Balance de la década de los 80 (Perspectiva regional)*, CEDEAL, Madrid.
- RECIO ADRADOS, J.L. (1993). "Incidencia política de las sectas religiosas: el caso de Centroamérica", en *ECA*, N° 531-532, enero-febrero.
- SAMANDU, L.E. (comp.) (1991). *Protestantismos y procesos sociales en Centroamérica*. EDUCA, San José de Costa Rica.

RESUMEN

Las elecciones de marzo de 1994 marcan un hito en el calendario del proceso de transición a la democracia que vive este país centroamericano. En este artículo se señalan las características más sobresalientes del mismo y se procede a un análisis de los efectos de estos comicios para el sistema político.

ABSTRACT

The march '94 elections are a very important event in the salvadorean democratic transition. In this article, the authors show its more important characteristics and analyze the effect of this elections for the political system.